

los niños. Que trate de conservar cerca de sí á *Mademoiselle* y que rece mucho por el eterno descanso de esta mi alma inquieta, que tanto amó y ambicionó tanto en este mundo... Ordóñez tiene una trenza de cabello de mi madre; que Concha la recoja y procure que se conserve con respeto ó se entierre cuando muera alguna persona de la familia; que se resigne, que se cuide para la educación y el porvenir de mis hijos. Que le quite á Miguel cualquier idea de venganza... que piense un poco en el que la ha hecho sufrir tanto, pero que la ha amado tanto.

EL PADRE GUEVARA

(Sollozando.)

Despréndase, don Miguel, de todas las cosas terrenas; en el cielo no hay familia, ni amigos, ni deudos; créame á mí, allí está la paz, allí está la dicha...

MIRAMÓN

Sí, todas las puertas están cerradas menos las del cielo; estoy absolutamente resignado; ¡sólo me duele dejar este mundo por ella, por ellos!

(Rehaciéndose mediante un violento esfuerzo consueta al sacerdote, é incorporándose, dice satisfecho:)

Que venga, que venga á la hora que quiera; la aguardaré sonriente y tranquilo como la aguardé tantas veces

en mi vida de soldado: la muerte es la gran amiga del hombre de armas; es la única mujer que no falta á la cita suprema... ¡Bendita sea ella!

EL PADRE GUEVARA

Piense usted en Dios, piense en el Supremo Bien, piense en la otra vida...

ESCENA DÉCIMA

Cuarto de la prisión de MEJÍA. Don Tomás está más aplanado que de costumbre; sumido en un estupor verdaderamente búdico contempla con obstinación un trozo de pared desconchada sin que pase por su cabeza ni un pensamiento, ni la sombra de un deseo. El viejo guerrero, que al frente de una *culebra* de caballos se imponía en todos los pueblos de la sierra y era el cacique indisputado de la comarca, no recuerda sus tiempos anteriores, ni recoge del pasado una sola de aquellas piedrecillas que desde la infancia solemos poner como jalones del camino, como Pulgarcillo dejaba en el bosque los guijarros que le habían de llevar á la casa de sus padres. Acaba de salir la joven esposa del condenado á muerte; éste, no por estoicidad, ni con esfuerzo, ni mediante un trabajo cualquiera ha demostrado su indiferencia manifiesta para la vida y lejos de mirar que el panorama se le ensancha, lejos de contemplar horizontes de otra vida mejor y de dolerse de dejar ésta, nada mira, nada pide, nada siente, presa de aquella anestesia moral y física que le domina. De repente oye pasos precipitados que se detienen ante su celda, ve una gran luz y contempla la figura un tanto desgarbada, un mucho marcial del general vencedor, don MARIANO ESCOBEDO, que sin cumplidos se mete hasta tocar con el catre del sentenciado, ordenando á su comitiva que se detenga en el corredor.

ESCOBEDO

(Cerrando la puerta y limpiándose la frente con un pañuelo de hierbas; se conoce que está impresionado, y aunque su palabra de ordinario es fácil y no suele pararse en circunloquios, en esta vez hay algo que le impide hablar francamente y espontanearse como suele.)

Buenas noches, don Tomás. ¡Qué calorcillo, ¿eh?... Se explica, se explica el mes de Junio...! ¡Vaya con el calor!

(Sin aguardar la respuesta de Mejía se levanta, enciende un cigarro de hoja en el velón del centro, y vuelve á arrellanarse en la silla de paja en que se había sentado anteriormente.)

¡Qué tiempos, qué tiempos aquellos! Cambian mucho y nosotros con ellos. ¿Se acuerda usted de aquella guerra de tres años?; fué ayer y parece que ocurrió hace más de un siglo... Y luego, nuestra amistad en la frontera... todo, todo aquello completamente distinto de su Sierra Gorda, del Xichú, de estas cosas del interior... Buena gente aquella, ya usted la conoce... ¡Maldito cigarro!

(Se levanta y vuelve á encender de nuevo la tagarnina en la llama vacilante del velón de sebo.)

Y ya ve usted las vueltas que da el mundo; en otro tiempo, yo prisionero de usted; ahora, ¡cómo ha de ser! usted prisionero mío... Hoy por ti, mañana por mí... ¡Y vaya que las hemos pasado gordas! Tiempos hubo en que yo les daba de comer á mis soldados ¿qué cree?... pues discursos, discursos; les hablaba con cariño, con ternura;

pero apenas empezaba venía á formáseme aquí en la garganta un nudo que casi no me dejaba hablar; y con discursos hacía andar y batirse y triunfar á aquellos pobres muchachos tan buenos y tan abnegados y tan cariñosos. «Adelante, mi jefecito, me decían, vamos á darle.» Y una vez, que más triste y desperecido que ellos no chistaba palabra, uno se me cuadró y me dijo con cariño: «Mi general, qué ¿ya no nos dice usted nada?...» Habíamos hecho una religión del no comer y un evangelio de la desnudez. Cierta día vimos acercarse una tropa, liberal como la nuestra, pero uniformada, y sin acuerdo ninguno empezamos á disparar contra ella creyéndola del enemigo... ¡Qué tiempos!... ¿Se acuerda usted de lo de Tabachisky? No se me despinta cuando el maldito Márquez se empeñó en fusilarme y cuando usted tomó mi defensa... Estuvo, estuvo peliagudo el caso.

(Escupe y mira las volutas de humo que forma en el aire el macuchi que se quema.)

Y mire usted, créalo, entonces me formé un propósito, y me dije, digo, pues si alguna vez el general Mejía cae en mis manos, cuente con que le he de salvar la vida... ¿Qué dice?

MEJÍA

(Como volviendo de un sueño, mira atónito á su interlocutor y no quiere dar crédito á sus oídos.)

¿Cómo?... ¿usted... salvarme á mí?... no, eso es imposible; eso no ha de ser.

ESCOBEDO

¿Y por qué no ha de ser? ¿Que no sabe usted que yo soy el jefe de la plaza, que mando y ordeno aquí, y que lo que yo dispongo, bien dispuesto está? Es mi voluntad, es mi gusto; hago lo que hizo por mí y...

MEJÍA

No, eso no, yo no comprometo á mis amigos; cumpla usted con su deber... cumpla usted con su deber, que yo cumpliré con el mío.

ESCOBEDO

Pues de eso trato; de cumplir con mi deber, de pagarle su bondad á un amigo, y que salga el sol por Antequera.

MEJÍA

Bueno, bueno, yo lo reconozco... es claro; pero...

ESCOBEDO

¿Pero qué, hombre de Dios? Hable pronto, que el tiempo urge.

MEJÍA

(Animándose un poco y brillándole en los ojos una lucecita que se le mira por primera vez desde que está preso.)

¿Qué? Que tengo compañeros, que tengo amigos, que estoy dentro de un partido y que no he de dejar todo por salvar la pelleja como lo hacen los cobardes... Si el Emperador y Miramón se salvan, yo me salvaré con ellos; si á ellos les aprietan el pescuezo, también me lo apretarán á mí: con ellos á la salvación ó en su compañía al patíbulo... ¿No le parece?

ESCOBEDO

¡Quite usted allá, don Tomás! ¿qué escrúpulos son esos, ni qué compromisos ha contraído usted con semejantes señores? Cada araña por su hebra, y si ellos consiguen salvarse, con su pan se lo coman, que por mi parte yo me contento con salvarle á usted y santas pascuas.

MEJÍA

Pues á mí no me basta, y por más que hable no me ha de bajar de mi macho: ó con el Emperador y Miramón, ó al palo.

ESCOBEDO

¿Qué dice usted, hombre? Esas gentes nunca han sido

amigas de usted, ni le quieren, ni le tienen ley ninguna á su persona. El azar les unió, el azar les desune, y que cada quien corra su suerte.

(Empieza á fumar con furia la tagarnina de marras, y nervioso se pone en pie midiendo la reducida habitación á grandes zancadas)

MEJÍA

(Acaba por sentirse excitado y también se levanta hablando con la voz menos apocada que suele y moviendo las manos lleno de excitación.)

No, no, no hay que contar conque yo me salve sin los míos. Se lo agradezco, se lo agradezco mucho por de contado; pero no me salga conque yo escape el cuerpo y á los otros les truenen... O se vienen conmigo, ó me truenan á mí con ellos... ¡Pues no faltaba más sino que, después que hemos hecho juntos toda esta campaña y sufrido durante este sitio, fuera yo á dejar como quien dice la honra, en los momentos en que más se necesita tenerla!... Eso no, don Mariano, eso no, y no me lo vuelva á repetir, porque creeré que no es mi amigo... Sí, caramba; ¿para qué quiere uno la vida si la ha de llevar pesarosa y llena de tristezas?... ¿Qué le parecería, amigo, vamos al caso, que tuviera usted una bestia bonita, supongamos un caballo fronterizo en quien usted se mirara; gallardo, limpio, bien cuidado, alta la cabeza, luciente el pelo, ojo vivo y brillante, y que el mejor día el animalito se le mancara de las patas delanteras sin remedio posible? ¿Qué querría

usted, guardar la bestia lisiada y sin empleo dentro de su caballeriza, ó matarla con un tiro de su Winchester? Pues así somos los hombres; ó estamos completos, con nuestros sentidos, con nuestras potencias, con nuestra salud, con nuestra vida, con nuestro honor, que es la vida del alma, ó debemos dejar que nos peguen un tiro y nos quiten de enmedio para no sufrir penas... Soy indio, amigo don Mariano, soy indio, y lo que un indio promete lo cumple... Me acuerdo como si ahorita fuera; me acuerdo del día en que recibimos al güero este allá en México: yo iba en un cuaco precioso; negro, limpia sangre, de bonitos ijares y con un braceo... Acompañé á Maximiliano desde Villamil hasta el palacio; pero ahí tiene usted que á lo mejor me obligan á decir un discurso... á mí, que soy tan boca de palo que apenas puedo saludar, y que no rebuzno porque no sé la tonada. Bueno, tiene que toditito me trabé, y en donde debía decir alguna palabrilla fina ó algún giro retórico de la oración que me había compuesto el amigo Aguilar y Marocho, pues que no pude soltar más que puros titubeos, y tartamudeante y con el alma en los talones, sólo supe gritar con toda mi alma una cosa que me salía de allá, de muy adentro: «Sabré morir por Vuestra Majestad»... Pues bien, amigo, lo que aquel día dije, ahora lo cumpliré; moriré por ese hombre ó me salvaré con él. No quiero vivir lisiado en alguna caballeriza inmunda, como el depósito de jefes, por conservar esta puerca vida que

puede durarme los cinco, los diez, los quince años, que serían los cinco, los diez, los quince años de vergüenza y de dolor... No, amigo; se lo agradezco con toda mi alma... aquí estoy y aquí me quedo, y si Dios dispone otra cosa, ¡bendita sea su Divina Majestad!

ESCOBEDO

(Enternecido.)

No sé qué decirle, don Tomás... ¡Si es usted más bueno y más grande de lo que yo mismo me había figurado!... No merece, no puede merecer este gringo que un hombre como usted se sacrifique por él. Pero ya que tiene empeño en ello, que sea así; pero que conste que yo he comprendido lo que usted vale y quien era usted. Deme un abrazo, don Tomás.

(Se abrazan en silencio.)

MEJÍA

Hasta la otra vida... Hasta el valle de Josafat...

ESCOBEDO

Hasta allá, don Tomás.

(Sale conmovido y lloroso.)

ESCENA UNDÉCIMA

Palacio del Gobierno de San Luis Potosí. DOÑA CONCEPCIÓN LOMBARDO DE MIRAMÓN. D. SEBASTIÁN LERDO DE TEJADA.

D. Sebastián Lerdo de Tejada, Ministro de Relaciones Exteriores, es hombre bajito de cuerpo, guapo y bien vestido. Sus ojos vivos y garzos debían ser la nota dominante de su fisonomía; pero como que les sale al paso, poniéndoseles al frente y sirviéndoles de muralla, una gran nariz ganchuda, sensual y que acentúa enérgica y fervorosamente cuanto afirma el fino y habilísimo estadista, y como que lo glosa y comenta con burleta aguda, implacable y fina, la boca grande, roja, de labios delgados que parecen una herida abierta en la cara fresca, juvenil y rozagante del magnate. ¿Cuántos años tiene don Sebastián? Inútil pregunta. Si consultamos á la calva venerable que parece refractar toda la luz de las lámparas y candiles en que ha leído viejisimos y ratonados infolios, creeremos que es un viejo caduco y desengañado; si miramos el brillo de los ojos, la tez blanca y luciente y la dentadura completa, pareja y marfilina, pensaremos que se trata de un joven. Don Sebastián, ducho como nadie en todas las artes diplomáticas, ha hecho rápidamente su carrera pasando de rector de San Ildefonso, á diputado y orador de gran valía, y llegando, mediante un avatar que muy pocos pudieran prever, á ministro de Juárez y alma presente de sus determinaciones. ¡Y cosa rara! el hombre ha hecho la mayor parte de su reputación gubernamental como quien dice *sub specie æternitatis*, pues entre las estepas de Chihuahua, los médanos de El Paso, los arenales de Monclova y la hornaza de Monterrey, ha sobrado tiempo para que los estadistas europeos, y sobre todo los americanos, le conozcan y le estimen como diplomático de gran fuste y suma entereza. Se pasea por su habitación con las manos á la espalda y un tanto preocupado, pues los problemas que en esos días se tratan y deciden en el gabinete republicano, bastan para poner caviloso á cualquiera, aunque sea tan optimista como don Sebastián y posea tan buena pasta como la que él goza por favor divino.

Doña Concepción Lombardo, mujer joven, agradable, discreta, rodeada de una aureola de romanticismo y de misterio que la ha hecho

famosa en todo el país, al grado que por allí corre su nombre en canciones, se halla entre los treinta y los cuarenta años; tiene una cara larga y morena y unos ojos profundos, tristes y soñadores y una boca voluntariosa y llena de desdén y una mata de pelo largo y fino que se alisa en bandós muy sugestivos, y unas manos finas y puntiagudas — manos, pelo, boca y rostro, que recuerdan los retratos de doña Juana la Loca que corren por allí.

Doña Concepción (Concha Lombardo, como le dicen todos) y el ministro de Juárez, fueron amigos en sus juventudes, y ahora ha recurrido la triste y dolorosa señora á su amistad y á los recuerdos de tiempos pasados, para conseguir el indulto del pobre Miguel.

DOÑA CONCEPCIÓN

Sebastián, vengo á verle para solicitar lo que usted se figura; pero no quiero ver en usted al diplomático ni al ministro ni al hombre de Estado; quiero hallar al viejo camarada, al amigo leal y al hombre honrado y bueno que he tenido siempre de mi parte.

DON SEBASTIÁN

(Con urbanidad exquisita.)

No necesitaba usted, señora, recurrir á los recuerdos de antaño para conmoverme y hacer que me ponga de su parte. Bien sabe cuánto la he querido y cuánto quiero á toda su familia, y aunque así no fuera bastaría su situación para hacérmela á usted simpática é interesante. Si de mí dependiera, si dependiera de nosotros, si lo que usted desea estuviera en nuestra mano, ¡con qué placer la

ayudaría y me pondría de su lado y estaría con usted completa é incondicionalmente! No sabe usted cómo luchan, cómo riñen, cómo disputan en nuestro interior, nuestra conciencia de hombres justos, nuestro deber de patriotas, nuestra compasión y nuestro propósito de que no se derrame sangre ni se haga mal á nadie...

DOÑA CONCEPCIÓN

¿Y por qué deja usted, hombre culto y sensato, ajeno á preocupaciones absurdas y á tonterías sin objeto, que le quede en el alma el dejo de haber obrado mal, el remordimiento de no haber cumplido con su deber? Olvide usted por un rato lo que llama sus obligaciones de hombre de Estado, lo que apellida su conciencia de patriota, y sea sólo hombre, sea sólo hombre que siente el mal ajeno y se duele de las desgracias de los otros, que no se resuelve á consentir que nadie pierda la vida por culpa de logomaquias, y haga su deber, que es lo más santo y lo más grande del mundo.

DON SEBASTIÁN

Pues por hacer el deber, señora, sufro y sangra mi corazón y padece y se duele mi alma. ¡Gracia! ¿Qué más querríamos que hacer gracia á los infelices víctimas de su obcecación ó de su maldad?

DOÑA CONCEPCIÓN

¡Maldad! No diga usted eso. ¿Tiene usted averiguado si ante la justicia absoluta, si ante la presencia de Dios, si en la vida eterna es maldad el querer la monarquía de preferencia á la república, ó la demagogía de preferencia á la autocracia. ¡Maldad! ¿Y qué sabemos nosotros, viles gusanos de la tierra, lo que es malo ó bueno? ¡Qué risible sería, si no fuera doloroso, eso de llamarse apóstol de la verdad cuando no se sabe nada cierto en este mundo! ¡Y qué responsabilidad no toca á quien castiga á sus semejantes hasta con la muerte, sólo porque aquéllos quisieron que les rigiera un hombre rubio y de familia ilustre, á que les administrara una turba de locos ó de ebrios!...

DON SEBASTIÁN

¡Ah, señora, qué difícil es sostener discusiones académicas con una dama tan discreta y tan afligida como usted! Permítame que no le conteste nada, porque la desconsolaría y la haría sufrir más de lo que debiera, y déjeme decirle solamente que no somos nosotros, que no es el Gobierno quien mata á su desgraciado esposo; quien le mata es la ley, quien le mata es el azar á que él mismo se expuso saliendo á combatir en contra de principios que tenían que triunfar al cabo...

DOÑA CONCEPCIÓN

¡Pero eso es cruel, bárbaro, inhumano! ¿Cómo creer que se arrebate un padre á sus hijos, un marido á su esposa, un servidor á su patria, sólo porque profesa opiniones contrarias á las de Juárez?

DON SEBASTIÁN

(Mortificado y queriendo dar término á la conferencia.)

¡Señora, por Dios, crea que no podemos continuar! ¿Para qué entristecerla más refiriéndole lo que es la verdad, que yo nada puedo hacer, que de mí nada depende, que la suerte está echada y que no puede corregir un poco las decisiones providenciales, ni siquiera el jefe, el mandatario supremo, Juárez?...

DOÑA CONCEPCIÓN

Pero yo no he pensado en humillármele al Presidente. Juárez es un enemigo implacable, un hombre sin entrañas, un ser duro y terrible contra el cual no hay arbitrio ni remedio... ¡Cúmplase nuestra suerte, cúmplase sin apelación y siquiera no me postraré ante el enemigo eterno de mi marido, ante el enemigo eterno de mi raza!... Mas

¿qué digo? Le he ofrecido á Miguel, me he ofrecido á mí misma, apurar el cáliz hasta el fin. Deseo hablar con Juárez, deseo que usted me consiga una entrevista con él y si la suerte quiere que me rechace y me haga tanto daño como yo aguardo, esas humillaciones las tendré en cuenta como prueba de amor á mi esposo... Déjeme usted hablar con Juárez.

DON SEBASTIÁN

Puede usted pasar en seguida.

DOÑA CONCEPCIÓN

Anúnciame usted.

DON SEBASTIÁN

(Se ausenta un rato volviendo á salir á poco.)

El señor Presidente desea ahorrarle á usted y ahorrarse él mismo la pena de una entrevista.

ESCENA DUODÉCIMA

JUÁREZ, LERDO, D. MARIANO RIVA PALACIO,
D. RAFAEL MARTÍNEZ DE LA TORRE.

RIVA PALACIO

Ya no se puede alegar, señor Presidente, que no haya



— El Presidente desea ahorrarla á usted...